

EDITORIAL

La educación superior en México

La expansión que experimentó la matrícula en educación superior durante los últimos años estuvo determinada por políticas de admisión bastante flexibles; con ello se pretendía impulsar la movilidad intergeneracional de las clases sociales mayoritarias. Sin embargo, estas políticas no condujeron a los resultados esperados, ya que no fueron acompañadas de las medidas administrativas y pedagógicas necesarias para que esta educación incrementara su calidad.

Así, aun cuando esta expansión generó importantes cambios en la composición social del alumnado matriculado en este nivel, en realidad sólo se produjo una aparente democratización de la enseñanza.

Las políticas instrumentadas desde 1982 se han propuesto desacelerar el crecimiento del flujo escolar que va teniendo acceso a la educación superior. En realidad, estas políticas han sido adversas a la democratización de la educación superior, en lugar de tratar de mejorar la calidad de la educación a través de reformas que permitan conciliar el logro de este objetivo con el de favorecer la construcción de una sociedad más igualitaria.

Para disminuir el ritmo de crecimiento de la matrícula de primer ingreso a la enseñanza superior —debe considerarse que la atención a la demanda en este nivel no es muy alta, ya que sólo

tiene acceso a este nivel el 12.6% de la cohorte demográfica comprendida entre los 20 y los 24 años—, se ha optado por expandir la de las modalidades terminales de la enseñanza media; aquellos que optan por esta modalidad, si bien les permitirá introducirse en el mercado de trabajo, les negará la posibilidad de continuar estudios superiores en el sistema educativo para mejorar, eventualmente, su posición económica y laboral.

La composición social de quienes pueden acceder a este nivel, refleja que se ha operado un proceso de fuerte selectividad social a través de los niveles educativos precedentes. Al parecer, las instituciones de educación superior están diseñadas para favorecer el progreso académico de las clases sociales intermedia y superior, y las tendencias apuntan hacia una elitización aún mayor.

Por otro lado se observa que, en las condiciones actuales, la educación superior no está contribuyendo como se esperaría al desarrollo superior no está contribuyendo como se esperaría al desarrollo de las estructuras cognoscitivas asociadas con el razonamiento formal (abstracción, análisis, síntesis, etc.); ni al desarrollo de actitudes y destrezas favorables para solucionar los urgentes problemas nacionales; ni al desarrollo de los rasgos de personalidad indispensables para el progreso académico; ni a la adquisición de hábitos que permitan aprovechar estas actitudes y características.

En la mayoría de los programas de educación superior, hasta ahora no se ha ofrecido una formación-científico-tecnológica de calidad adecuada; esto ha tenido graves implicaciones para el subdesarrollo tecnológico del país y ha propiciado en parte el proceso de desvalorización de los títulos profesionales.

Los diseños curriculares de la mayoría de las licenciaturas están orientados a un tipo de ejercicio profesional que se ha generalizado en los sectores del sistema productivo; éste no tiende a satisfacer las necesidades de los sectores mayoritarios de la población, ni a aprovechar eficientemente los recursos disponibles en el país. En general, esta educación se ha propuesto

transmitir conocimientos y promover la adquisición de determinadas destrezas encaminadas a aplicarlos.

Las tendencias en el mercado de trabajo no se esperan muy diferentes para la década de los noventa: la oferta total de recursos humanos seguirá siendo mayor que las oportunidades de conseguir empleo, sobre todo en los sectores modernos del sistema productivo; es decir, la oferta de empleos en estos sectores no será suficiente para absorber a los egresados de la enseñanza media y superior, lo que les hará competir, aun con diferentes niveles educativos, por los mismos puestos. Además, la demanda por personal con calificaciones muy concretas y no calificado seguirá disminuyendo, ya que ciertas tareas se sustituirán por nuevas tecnologías automatizadas.

Se observa ya el inicio de un proceso de “polarización” de las calificaciones, pues habrá un número reducido de especialistas de alto nivel que desempeñarán las tareas de diseño, planeación, administración y control; la mayor parte de la fuerza laboral desempeñará funciones subordinadas sin tener acceso al control de la producción, y estará expuesta al desempleo tecnológico.

En la presente década, el cierre de dependencias y programas gubernamentales que llevaban a cabo proyectos de investigación, la contradicción del gasto público, y la tradicionalmente escasa inversión privada en ciencia y tecnología, provocaron que la investigación se centrara aún más en las instituciones de educación superior.

En cuanto a los estudios de posgrado, si bien en las últimas décadas la matrícula se incrementó con fuerza, en términos relativos este crecimiento resultó insuficiente. Además, se han concentrado en determinados campos científicos y regiones del país, lo que ha impedido la formación de una base científica y tecnológica lo suficientemente sólida para enfrentar los retos del desarrollo tecnológico nacional; así, los posgrados nacionales han tenido un débil impacto en este desarrollo.

En vista de todo lo anterior, sería conveniente plantear una reforma de la educación media superior y superior, estructurada con base en dos ejes: uno relativo a la integración de las funciones de investigación, docencia y servicio, mediante la enseñanza modular; otro relativo a las relaciones de la educación con el sistema productivo.

Para lograr estos cambios en la educación superior, es necesario definir las políticas de financiamiento; hacer ciertas adecuaciones a la normatividad vigente en algunos campos; crear una instancia que coordine las actividades de investigación, experimentación e innovaciones educativas y otra que coordine la vinculación de las instituciones educativas con los sistemas productivos regionales; decretar la implantación de un conjunto de programas de carácter nacional; e impulsar el diseño y desarrollo de determinados programas de alcance regional.

La expansión de la educación media y superior debe favorecer la movilidad intergeneracional que contribuya a construir una sociedad más igualitaria. Debe suprimirse la dicotomía entre los currículos de educación media propedéutica y terminal, y no buscar la "terminalidad" de la educación media a través de obstáculos académico-administrativos que impiden el tránsito de los alumnos entre los diversos niveles del sistema, sino a través de un conjunto de políticas que contribuyan a garantizar el empleo. Así mismo, conviene considerar que la efectividad pedagógica y el impacto económico de la educación, dependen de la medida en que ésta se vincule con actividades productivas regionalmente relevantes; es decir, la educación y la producción deben estar estrechamente vinculadas.

Así, si las instituciones educativas promueven y llevan a cabo los procesos necesarios para instaurar en el país relaciones sociales más simétricas, y logran que los diversos grupos que integran la sociedad participen más equitativamente de los bienes y servicios que en ella se producen, entonces su contribución al cambio social será más eficaz.